

Notas sobre Teresa de la Parra y su lectura de la Conquista

Mónica Marinone

La escritura de Ana Teresa Parra Sanojo - Teresa de la Parra (1889-1936)¹ - constituye, en el ámbito de la narrativa venezolana del s. XX, el punto inicial de una línea que va a desarrollarse con mayor intensidad desde 1960 en adelante,² a partir de cuyo tono intimista y anónimo se instala lo cotidiano en la ficción. Es así que próximas a novelas construidas a la manera de verdaderos relatos épicos³ -casi siempre desde una tercera persona-, en las cuales se dan el «espectáculo de lo natural», los esfuerzos de algunos personajes en enfrentamientos con el paisaje inconmensurable o la ficcionalización de acontecimientos histórico- sociales (extra-textuales),⁴ surgen *Ifigenia...* (1924) y *Las memorias de mamá Blanca* (1929) que parecen intentar desconocer cualquier herencia del s. XIX. Escritas en una primera persona -que articula desde las páginas iniciales ese tono íntimo de la confianza señalado -nos proyectan de manera diversa a la cotidianeidad de mundos femeninos domésticos, anónimos, poco excepcionales, tras los que se van reconstruyendo sutil e irónicamente los mecanismos que rigen la sociedad de una época ante la que se inscriben, con más o menos fuerza, de manera contestataria. La mostración de lo femenino es el eje de sentido generador de la propuesta de esta escritora, quien ya desde su «soledad literaria» -según palabras de Orlando Araujo⁵ - o bien desde el resto de sus

experiencias vitales, desarrolla una postura irreverente frente a una rígida codificación vigente. Ante la proximidad del V^{to} Centenario nos interesa revisar su lectura de la Conquista de América en una de las tres conferencias que dicta en Colombia (1930) con el título «Influencia de las mujeres en la formación del alma americana»,⁶ y recuperar ciertas formulaciones que ponen de manifiesto lo que podríamos denominar los fundamentos de toda su escritura, desarrollados metalingüísticamente en *Las memorias de mamá Blanca*.⁷

En función de una mejor recepción de la significación de su discurso -alejado en el tiempo, ajeno y poco presente en nuestro sistema- pensamos que no resulta ocioso actualizar brevemente el contexto venezolano de principios de siglo y ciertos aspectos de su vida. Con Juan Vicente Gómez en el poder desde 1909 se ha afianzado una política represiva muy fuerte, hay un alto grado de analfabetismo -a pesar de la expansión de la era petrolera- y se da una situación de marginalidad «hogareña» para la mujer. Sin embargo, la formación intelectual de Teresa escapa a estas redes, está ligada al ámbito europeo hasta el día de su muerte: el ingreso a un internado religioso en Valencia -donde realiza sus primeros estudios una vez muerto su padre- y el apego a la lectura de los clásicos españoles, son decisivos respecto de su lectura posterior sobre las relaciones de América y España. Asimismo, sus estadías en el París de la post-guerra, el acceso directo a los cenáculos literarios, sus viajes a Italia, Suiza y otras ciudades de Europa promueven un contacto con códigos culturales diversos que contribuye a perfilar cada vez más marcadamente los planteos que se pondrán de manifiesto en su escritura. No obstante ello, ya sea en sus textos mayores o en las conferencias mismas, la mirada va a estar puesta siempre en América o en la «vieja» Caracas. De manera coincidente, esta doble vertiente se reproduce cuando se trata de publicar, pues aunque su primera producción aparece en Venezuela, en *El Universal*, *Actualidades* y *La lectura semanal*, es verdaderamente reconocida -admi-

rada, pero también criticada- en su patria, cuando su novela **Ifigenia; diario de una Señorita que escribió porque se fastidiaba**, se edita en París donde gana el primer premio en un «Concurso de novelistas americanos»; en esta ciudad lanza también **Las memorias de mamá Blanca**. Esta particularidad de Teresa de la Parra ha sido señalada por A. Uslar Pietri como su gran posibilidad: «Con la misma gracia con que se paseaba por los corredores de las haciendas coloniales, se desenvolvía en los salones literarios de París, o emprendía una triunfal gira de conferencias».⁸

Trabajar sobre una conferencia presupone la oralidad - aun cuando no se cumpla la situación comunicativa «real» en que se inscribe este tipo discursivo⁹ por su trasposición a la palabra escrita-, situación que nos instala de lleno en el universo de Teresa de la Parra. Tanto Uslar Pietri como Mariano Picón Salas¹⁰ han puntualizado lo que la crítica posterior considera detenidamente,¹¹ esa tendencia de «la criolla» originada en una fuerte convicción: revivir el tono natural de la conversación, la voz en la escritura, para recrear lo vivo que «... la imprenta ha ido devorando» (486). Lo que señalamos se relaciona íntimamente con el proyecto del texto que nos ocupa: reinstalar en un nuevo espacio discursivo la visión de la Conquista desde las historias de los que han escrito «...no como se escribe sino como se habla» (486).

La conferencia se va construyendo por la inclusión de argumentos y citas de autoridad¹² desde cuya refutación o ratificación se va dibujando una postura; esta estrategia permite recuperar voces diversas, especialmente durante las páginas iniciales, cuando se asume una defensa explícita de los derechos de la mujer. A medida que se avanza en la lectura, dos fuentes -Bernal Díaz del Castillo y el Inca Garcilaso de la Vega- a partir de las que se circunscribe nuestro tema, centralizan el texto; nos interesa reparar sólo en este recorte -que de ningún modo es arbitrario-, en función de esta revisión. El primer cronista es el más jerarquizado ya sea por el

análisis de su discurso - desde la inscripción y examen de citas textuales-, ya por la confirmación constante de que es objeto. Esta situación responde a su pertenencia a ese género de narradores que destaca Teresa de la Parra, el de los «cronistas rudos» (484), pero también a su postura contestataria o principio que guía la concreción de la **Historia verdadera de la conquista de Nueva España**. Bernal Díaz refuta el discurso legitimado de quien era considerado un escritor de oficio -Francisco López de Gomara- para dar la voz a todos aquellos seres anónimos que participaron de la campaña. Lo interesante es que lo hace por la posesión del recuerdo de lo que ha vivido, por tener la «memoria», que siendo el sostén de la palabra oral, se constituye en foco generador de su escritura.

La memoria no se esfuerza en retener lo que ya está escrito y si lo retiene es imitando la forma impresa. Nadie podría ya narrar un hecho como Bernal Díaz. (486)

Esta posibilidad es la que nos proyecta asimismo a la segunda autoridad que nos importa, el Inca Garcilaso,

...Los Comentarios Reales. Memorias de su infancia, recuerdo de recuerdos que otros le narraron, allí convergen y se unen...las dos corrientes principales que formarán las futuras nacionalidades americanas. (489)

A partir de estas crónicas construidas desde una oralidad que se reconstruye en la escritura, se da a la tarea de rescatar lo silenciado por los discursos oficiales, lo que no ha tenido voz, lo **femenino**. Desde estas fuentes se detiene «...del lado acá del mar...»(478) y perfila a dos figuras representativas de lo indígena americano en la Conquista, la Malinche mejicana y ñusta doña Isabel - madre del Inca

Garcilaso-, apoyándose en lo explícito de los textos, pero también suponiendo, infiriendo a partir de sus blancos. Es así como va recreando otra historia desde su acto de lectura, que es instalada también -y esto es lo significativo- en el presente¹³ de una oralidad articulada por su tono conversacional, estrategia que reproduce el ejercicio mismo de los cronistas. De ahí la insistencia en mecanismos que apelan a fracturar la disimetría de los papeles sociales que cualquier conferencia convoca y por los que insta en muchas ocasiones, una manera familiar de hablar.¹⁴ Es notable, por ejemplo, el trabajo sobre las formas verbales, la carga en la adjetivación -que a veces suena redundante- y la repetición de los mismos lexemas, por medio de lo cual logra poner énfasis en la conexidad de un desarrollo que mantiene al hablante y al oyente-lector en permanente interacción.¹⁵

Es justamente por este recorte como actualiza el eje de sentido de su propuesta, entendido lo femenino como la manera de mostrar lo cotidiano -por ser aquello núcleo esencial de lo último-, es decir, la parte «trivial», pero vital de la historia.

¡Está tan llena de detalles triviales! En efecto: son aquellos que quedan prendidos de la memoria... (484)

Excluidas las mujeres se ha cortado uno de los hilos conductores de la vida. (484)

Sin embargo, lo más interesante es que desde dicho recorte re-envía asimismo a su producción mayor, involucrando a los oyentes-lectores en un juego intertextual del que es imposible sustraerse, no sólo por una recuperación explícita de los rasgos de sus personajes al iniciarse esta conferencia, sino por la inclusión de los mismos lexemas o de otros semánticamente equivalentes para referirse a ellos y a las mujeres de la Conquista. Es así que, una Malinche reivindi-

cada y «... obedeciendo a imperativos revolucionarios...» (482) proyecta indefectiblemente a «... María Eugenia Alonso en plena rebeldía...» (473) de *Ifigenia...*, y doña Isabel, cuya vida «...pasará dulcemente entre el amor y las lágrimas...» (480) actualiza a la mamá Blanca que también reinó «... dulcemente en una hacienda de caña...»,¹⁶ contó «...su melancolía de haber vivido...» (473) y tuvo la posesión de las memorias.¹⁷

Detenerse en estas mujeres le permite además fundamentar su lectura de las relaciones de América con España, anticipada en la elección misma del título;¹⁸ desde actitudes tan dispares se constituyen en su discurso, en verdaderos paradigmas por aparecer como nexos reconciliadores de las dos razas, que es su proyecto para América.

Como Garcilaso, el español mestizo, guardémosla en la forma castellana sin renegar de nadie, bendiciendo la armonía de la unión en la fe del porvenir y en el perdón por la sangre vertida y las lágrimas lloradas. (489)

Y esta posibilidad tiene que ver con sus respectivas uniones con españoles y con esa visión del cuerpo como lo que da verdadera cuenta de un encuentro con el otro, pero también con un rasgo compartido por ambas, definitivo respecto de una reubicación en uno de los ejes del universo que hemos ido esbozando. Pensamos en su trascendencia por el ejercicio de la palabra: la Malinche es la lengua del Conquistador y para su tierra, la voz de Cortés, la «... palabra aguda y discreta con algo de coquetería y mucho de generosidad... »(482). Doña Isabel es la voz maternal que sostiene la tradición incaica para la escritura castellana de Garcilaso en la que, «...si bien se escucha, bajo la transparencia de la prosa parece correr con rumor de lágrimas una -queja de ultratumba» (489).

Desde una recepción presente y a manera de síntesis se nos ocurre reflexionar sobre la lectura de unas crónicas que vuelven a ser contadas -penetradas por todas las intencionalidades relativas a una postura asumida frente a un contexto social determinado. También sobre esa posibilidad de Teresa de la Parra de generar a partir de ello un discurso sostenido en dos ejes recurrentes de su escritura: la recuperación de lo femenino por ese conocimiento íntimo que sólo una percepción sensible es capaz de dar y la construcción de un sujeto escritural desde formulaciones sustentadas en una formación intelectual sólida. Surgen entonces nuestros primeros planteos sobre este texto, esa presencia de voces a veces disonantes desplegadas estratégicamente para consolidar una sola voz unívoca y constante, la cual se constituye en un espacio discursivo mediador que, por aparecer como oral y por momentos inherente al universo primario,¹⁹ es presente. Finalmente esa jerarquización de los oyentes-lectores -por la apelación constante de que son objeto-, quienes se vuelven entonces imprescindibles porque reciben y participan, desde esa voz unívoca, de la escritura de un tiempo pasado cuya intención ha sido instalar lo silenciado, pero también de otro tiempo, el del espacio mediador, que es recobrado simultáneamente en función de lo mismo, de modo tal que todo se constituya otra vez y pueda ser sostenido por la memoria de cada uno.

NOTAS

¹. Para una lectura de su producción completa recomendamos Teresa de la Parra, *Obra* (Narrativa, ensayos, cartas). Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1982. Selección, Estudio Crítico y Cronología Velia Bosch. Todas las citas anotadas en adelante corresponden a esta edición.

². Pensamos especialmente en los textos de Salvador Garmendía que se centran en personajes anónimos y recuperan el barrio como espacio íntimo: *Los pequeños*

eres. Caracas: Grupo Sardió, 1959; *Los habitantes*. Caracas: Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela, 1961; *Memorias Altagracia*. Barcelona: Seix Barral, 1974.

³. Noé Jitrik. «Destrucción y formas en las narraciones.». *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI, 1984.

⁴. Nos referimos por ejemplo a *Dofía Bárbara y Canaima*, de Rómulo Gallegos.

⁵. Orlando Araujo, *Narrativa venezolana contemporánea*. Caracas: Ed. Tiempo Nuevo, 1972, 355.

⁶. Fueron publicadas como *Tres conferencias inéditas en Caracas, 1961*, con prólogo de A. Usler Pietri. Manejamos la edición de Biblioteca Ayacucho (1982).

⁷. Ver especialmente *Teresa de la Parra*, 322, 323, 328, 365 y 366.

⁸. A. Usler Pietri, *Letras y hombres de Venezuela*. México: F.C.E., 1948, 149.

⁹. Sobre las consideraciones teóricas de la conferencia como tipo discursivo ver Walter Mignolo, «Diálogo y conversación», *Acta poética* Nro. 8 (otoño 1987)

¹⁰. A. Usler Pietri (1948); Mariano Picón Salas, *Estudios de literatura venezolana*. Caracas: Ediciones Edime, 1961.

¹¹. Pensamos en los estudios de Velia Bosch, *Esta pobre lengua viva*. Caracas: Edic. Presidencia de la República, 1979 o Julieta Fombona, «Teresa de la Parra: las voces de la palabra», *Teresa de la Parra, Obra*.

¹². Ch. Perelman y otra, *Tratado de la argumentación*. Madrid: Gredos, 1989.

¹³. Walter Mignolo, 15.

¹⁴. Walter Mignolo, 11.

¹⁵. La explicitación de todos los procedimientos discursivos que instalan ese tono conversacional característico de la escritura de Teresa de la Parra excede los límites de esta propuesta. Nos interesa recuperar mínimamente aquellos que son asimismo recurrentes en sus textos mayores, especialmente en *Las memorias de mamá Blanca*.

¹⁶ Teresa de la Parra, 315.

¹⁷ La lectura de *Las memorias de mamá Blanca* proyecta al mundo de la memoria individual y sincrónicamente al de las memorias, a la historia colectiva.

¹⁸ Teresa de la Parra estaba familiarizada, de acuerdo con lo que señala en la conferencia, con los debates acerca de los diversos «nombres» que se proponían para nuestro continente desde corrientes de pensamiento diversas. Es evidente, asimismo, su conocimiento del «panamericanismo» y del «latinoamericanismo», originado en su contacto con los círculos de intelectuales hispanoamericanos de París; sin embargo, adhiere al viejo «americanismo» de cuño hispanoamericano, reafirmando con la referencia a valores unificadoras como la religión y la raza.

¹⁹ M. Bakhtin, «El problema de los géneros discursivos», *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI, 1982.